

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LAS FLORES

Durante muchos años me dediqué a cultivar flores. Me precio de ser un buen cultivador de orquídeas, azaleas y rosas. Incluso llegué a tener una floristería. Por un momento me dejé llevar por lo que los griegos llamaban megalopsijia, el afán de proyectar cosas grandes, una desmesura un poco turulata. En mi caso, lo grande no era el tamaño, sino la complejidad del empeño. Pretendía introducir en Occidente –o al menos en esa parcela de Occidente que es mi barrio– el mis-

ticismo oriental de las flores. Los maestros zen consideran que nosotros profanamos las flores. Les parece casi blasfemo que vendamos las rosas por docenas, porque creen que eso menosprecia la verdadera belleza de las rosas, que es individual. Utilizamos las flores con un gusto hortera y ostentoso. Es mejor tres docenas que dos, y dos mejor que una. Las agavillamos, las masificamos, las estropeamos. Los maestros zen, en cambio, creen que en una habitación sólo debe haber una flor, colocada en la vasija adecuada y puesta en el lugar principal. Ni que decir tiene que mi tienda de flores fracasó económicamente, a pesar de lo cual sigo pensando que mis maestros japoneses tienen razón. Transcribo un párrafo de *El libro del té* de Okakura Kakuzo. “Cuando un maestro del té ha dispuesto a su gusto una flor, la colocará sobre el tokonoma, que es el sitio de honor de toda estancia japonesa. Junto a ella, jamás se dispon-

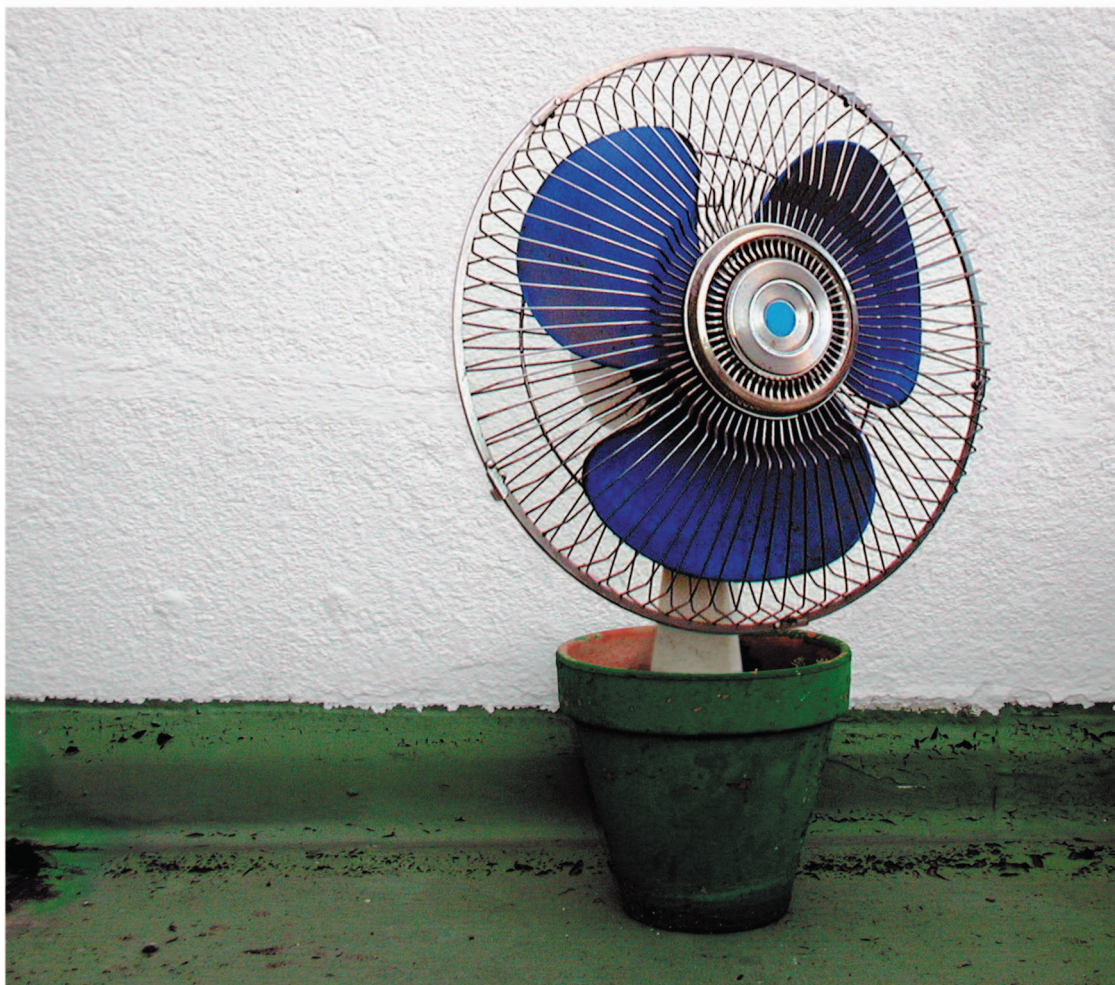
drá cosa alguna que pueda perjudicar el efecto que la flor está destinada a producir. Así pues, la flor estará allá como un príncipe en su trono, y los invitados al entrar en la estancia la saludarán con profunda inclinación antes de ofrecer sus cumplidos al anfitrión”.

¿No es todo esto un exceso? Sin duda, puede serlo, pero también puede ser una muestra de sabiduría. Toda la cultura oriental considera que la gran meta educativa es desarrollar una “pedagogía de la atención”. Piensan que nuestro gran peligro es la distracción, estar siempre agitados como ardillas, sin percibir lo que tenemos alrededor. Sin percibir tampoco el flujo de nuestra vida. Víctimas de

**A LOS
MAESTROS
ZEN LES
PARECE CASI
BLASFEMO
QUE
VENDAMOS
LAS ROSAS
POR
DOCENAS**

una inconsciencia boba. La contemplación lleva a la serenidad y al gozo. Los poemas zen nos parecen poco expresivos, porque lo único que nos dicen es “mira”. Los occidentales, en cambio, somos agresivos con la realidad. Para explicarlo, Suzuki, introductor del budismo zen en Occidente, comparaba un haiku de Basho, poeta japonés del siglo XVII,

con otro de Tennyson. El haiku dice: “Cuando miro con cuidado, ¡veo florecer la nazuna junto al seto!”. La nazuna es una hierba insignificante, pero al poeta le maravilla el breve prodigio de su flor. En comparación con la respetuosa mirada de Basho, el verso de Tennyson parece feroz: “Flor en un muro agrietado. Te arranco de tu grieta. Te tomo en mis manos, florecilla. Si pudiera entender lo que eres, sabría qué es Dios y qué es el hombre”. Sin duda, el poeta tiene altos intereses metafísicos, muestra la delicadeza de su alma, pero, por de pronto, ha arrancado la florecilla. No ha sabido, como Basho, contemplarla. En este instante, me siento japonés. ■



Raúl